

CARTA 20 Sobre otras tareas de la intelectualidad latinoamericana: la asociación con las causas progresistas

La libertad de los latinoamericanos y de todos quienes viven en las regiones periféricas se juega en la disyuntiva siguiente: permanecer en la periferia o incorporarse al centro. Se trata de una opción en la cual no hay mucho heroísmo en ninguno de los extremos. Es una libertad que se juega entre un lado que reivindica la esperanza y esconde la cobardía y otro que muestra el oportunismo y se arriesga por el futuro de los hijos. La libertad de los periféricos se juega en las opciones contra el hambre, la marginación del neo-apartheid mundial, la frustración y la falta de oportunidades.

El desarrollo del conocimiento debería garantizar la liberación de la miseria, del hambre, de la enfermedad y de las humillaciones causadas por los fuertes, o al menos apuntaría hacia esos objetivos. Pero no garantiza ni la equidad, ni la igualdad entre mujeres y hombres, ni el respeto al medio ambiente, ni el término de la violencia intrafamiliar, ni mucho menos la felicidad, todas cosas deseables aunque no garantizadas para quienes alcanzan niveles de vida razonablemente buenos. Nuestra intelectualidad no debe olvidar todas las causas progresistas y en ningún caso debe suponer que deba alcanzarse la riqueza antes de luchar por la justicia, aunque la justicia deba ser pensada para nuestra situación de pobreza. Dicho con más fuerza: no podemos esperar la superación de la pobreza para luchar contra la discriminación. Se trata de tareas simultáneas y, a veces, interconectadas. Las tareas progresistas por la democracia y contra la discriminación, por la justicia y contra la opresión, por la vida equilibrada y contra la contaminación, por un sistema de producción social, al servicio de todos y que permita la realización de las personas y contra la explotación, por una sociedad más solidaria, por los derechos humanos y por la afirmación de la vida, son tareas para hoy y para mañana.

Algunas de estas reivindicaciones serán más fácilmente realizables en la medida que aumenten los niveles de conocimiento (información, ciencia, tecnología y cultura de nuestras sociedades) que repercutirán sobre la mejora en la alimentación, la salud y en general la calidad de vida de nuestra gente. Otras, en cambio, no tienen que ver con esto o apenas remotamente. Conocer es clave, es condición necesaria para muchas cosas pero suficiente para pocas y por lo demás el conocimiento ni se alcanza definitivamente ni se comunica transparentemente.

La intelectualidad debe asociarse a todos los demás agentes sociales que asumen causas progresistas, pero no debemos confundir niveles. Defender causas progresistas no asegura poseer habilidades técnicas, aptitudes económicas ni destrezas políticas, entre otras cosas. Debemos ser flexibles en nuestras alianzas para realizar distintos objetivos. Debemos distinguir los niveles de acción, realizar una especie de separación “entre ciencia y fe”, para decirlo imperfectamente. No confundir las cosas supone asumir que no siempre son los ignorantes quienes más desean el conocimiento ni los esclavos siempre quienes más desean la libertad. Si fuera así no serían esclavos: hubo quienes evitaron caer en la esclavitud y quienes se libraron rápidamente de ésta sea por suerte, astucia o por ambas. Otras personas no pudieron evitar la esclavitud ni emanciparse en toda su existencia.

Para fomentar la innovación tecnológica es necesario asociarse con colegios profesionales, gestores de empresas públicas y privadas, técnicos y militares; para la democracia, con sindicatos de trabajadores, movimientos sociales, ONGs; para la transparencia con trabajadores, iglesias, profesionales y así...

* * *

No basta sin embargo con decir o querer asociarse a las causas progresistas. Debe existir capacidad de apoyarlas, cuestión difícil de lograr sin la necesaria densidad, densidad que ciertamente no se obtiene con la cultura del facilismo o de utilería. Calidad versus caridad, ojo. Cuidado con el profesor caritativo: ese que da malas clases pero buenas notas; ese que no gasta su tiempo preparando sus materias y enseñando bien a sus estudiantes, sino que prefiere regalarles calificaciones. Estos farsantes pueden hacer fracasar cualquier buena idea y, peor todavía, quienes ofrecen notas a cambio de favores.

Una de las expresiones graves de la “condición periférica” es aquella que siente una parte de las elites llevándola a apostar a ser-como-el-centro, o al menos a parecerlo. Dado que parecerlo es notoriamente más fácil que serlo, a menudo termina por conformarse con esto, entrampándose en la cultura del facilismo o de utilería. Actuando a la manera de los escenógrafos se construyen fachadas de cartón que parecen bellos edificios, telones que simulan concurridas y modernas avenidas, ropa que debe durar lo que la función e instrumentos que son juguetes que la penumbra, la distancia o el tácito acuerdo de las malas conciencias hace creer reales. Entre las pocas cosas que no son de utilería está la sangre que no es ketchup y la palidez que no es maquillaje sino simple desnutrición.

La intelectualidad, como parte de la elit, ha abusado de esta misma costumbre. Ha aprendido a publicar libros sin teorías, hacer experimentos que no conducen a descubrimientos, escribir artículos científicos que no generan tecnologías y crear revistas donde los comités editoriales son honoríficos y no

sirven para evaluar las contribuciones. Puede sonar a autocrítica fácil y seguramente todos conocemos excepciones, pero una vez más debe recordarse que en nuestro medio existe la convicción profunda que, entre los conocimientos que manejamos y los productos que usamos, casi ninguno se ha descubierto ni inventado en la región, salvo el bolígrafo de Birome.

¿De qué puede servir a la sociedad que nos unamos a las causas progresistas desde una cultura de utilería? No debe olvidarse que la vida es un teatro, únicamente en un sentido y que ese no es el que importa aquí. ¿Será obvio decir que Latinoamérica y la humanidad necesitan más ingenieros que escenógrafos y necesitan intelectuales y no Cantinflas ni Tartufos? Esto lo afirmo sin dejar de afirmar simultáneamente que no hay existencia digna sin humor y sin amor.

* * *

Por cierto, la asociación con todas las causas progresistas es una postura fundada en una “ideología”, pero se trata de una postura ideológica que debe ser asumida desde la perspectiva donde la ideología se realiza y se niega: la ideología del avance del conocimiento, es decir, aquella que nadie que acepte argumentar puede negar, aunque pueda ser infinitamente reformulada. Quien argumenta contra la posibilidad del avance del conocimiento se contradice, pues está asumiendo que puede mejorar esta sentencia. La posibilidad del avance del conocimiento es el mejor argumento contra toda ideología que se pretende definitiva. Es una reivindicación netamente progresista y con claro sentido emancipador.

La ideología del avance del conocimiento debe permitir un aporte desde el espacio intelectual, en su especificidad, a las causas progresistas: apoyándolas a la vez que cuestionándolas, jerarquizándolas y reelaborándolas y particularmente concientizando que no existe un progresismo absoluto y definitivo, pues el conocimiento (en muchos sentidos) avanza y reformula lo antes aceptado.

La perspectiva “aléfica” se asocia con aquella de las causas progresistas. El avance del pensamiento y del conocimiento pone a los seres humanos objetivos nuevos, que antes no se habían formulado: nuevas causas, nuevos desafíos, nuevas aspiraciones. Pero que ello no signifique olvidar que ha sido la propia intelectualidad la que ha aportado sustento teórico a las discriminaciones más odiosas, como el racismo por ejemplo, así como también la que ha aportado a su demolición teórica.

Se ha señalado que la comunicación entre la intelectualidad y los demás agentes sociales es clave en los compromisos por el conocimiento y las causas progresistas. En esta tarea de diálogo son muy importantes las “ferias intelectuales”, tanto para exponer lo que se hace como para generar encuentros con actores laborales, empresariales, de ONGs, funcionarios públicos, políticos y militares entre otros. No hay acuerdos ni hegemonía progresista sin encuentro y diálogo